



**ACERCÁNDOME A ALLAH Y
ALEJÁNDOME DE DIOS:
EXPERIENCIA RELIGIOSA EN
TRABAJO DE CAMPO**

ANTROPOLOGÍA DE LA RELIGIÓN

RAÍCES
Revista Nayaragüense de Antropología

Acercándome a Allah y alejándome de Dios: experiencia religiosa en trabajo de campo

Reaching Allah and shifting away from God: religious experience in the field.

Daniel Fernando Vázquez Sosa

Investigador

Universidad de Guadalajara

ID Orcid: : <https://orcid.org/0000-0002-6565-3198>

danielvazquez.2808@gmail.com

Recibido: 15-07-2021

Aceptado: 10-09-2021



Copyright © 2021 UNAN-Managua
Todos los Derechos Reservados.

Resumen

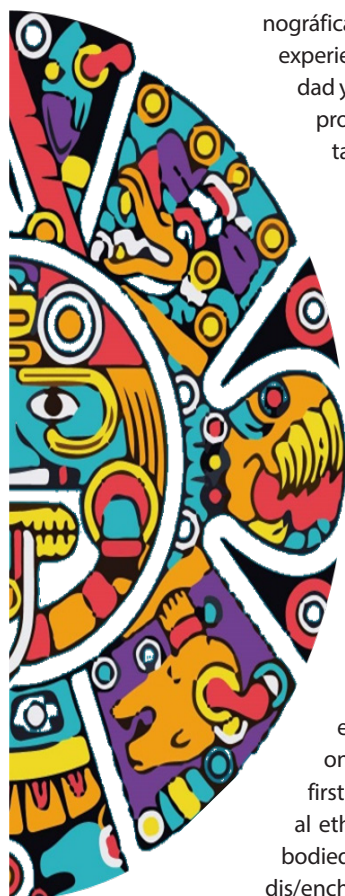
En este artículo analizo mi proceso de conversión al islam mientras levantaba información etnográfica con una comunidad musulmana de Guadalajara, Jalisco, México, durante mi primera experiencia en trabajo de campo, a partir de las nociones de subjetivación religiosa, corporeidad y embodiment desde mi posicionamiento como antropólogo y actor católico. El análisis problematiza cómo se ven afectados nuestros esquemas de ser/estar en el mundo y apunta hacia la atención de una subjetividad académica y otro religiosa que constituyen parte de las corporeidades imbricadas del investigador-religioso; la primera a partir de mis errores, las dificultades, los dilemas éticos, profesionales y personales que enfrente en campo; y el segundo a partir de la experiencia corporizada y relacional de/con el Dios católico objetivada en sensorialidades, afectos y des/encantamientos del sentido del mundo tras el acercamiento a Allah por medio de la conversión.

Palabras claves: Corporeidad, Encarnación, Etnografía, Experiencia, Subjetividad Religiosa.

Abstract

In this article I will analyze the process of conversion to Islam, during my first fieldwork experience, while I was gathering ethnographic information with a muslim community in Guadalajara, Jalisco, Mexico. I will make use of the notions of religious subjectivation, corporeity and embodiment, parting from my position as an anthropologist and catholic agent. The analysis problematizes how our schemes of being in the world are affected, and it brings the attention to both an academic subjectivity and a religious one taking part of the scholar-religious practitioner's imbricated corporeities; the first one considering from the mistakes, difficulties, and the personal and professional ethic dilemmas confronted in the field, while the second one from relational and embodied experience with/of the Catholic God, objectified in sensorialities, affections and dis/enchantment with the sense of the world after reaching Allah through conversion.

Keywords: Corporeity, Embodiment, Ethnography, Experience, Religious Subjectivation.



Introducción: un católico quiere ser antropólogo.

El presente artículo, es la parte inicial de lo que se pretende que más adelante sea un artículo teórico, con miras a la crítica de un tema particular de la antropología: la relación entre el proceso formativo escolarizado de los antropólogos y la experiencia subjetiva de quienes se están formando. Debido a la innegable influencia de los trabajos europeos y estadounidenses en la enseñanza de la antropología en México, se suele retomar trabajos seminales de investigadoras e investigadores de esos lugares en las aulas, para ejemplificar cómo deben desarrollarse las pesquisas antropológicas; sin embargo, a pesar de que en clases, se busca la reflexión crítica sobre esos trabajos y se suele pedir a los y las alumnas que piensen acerca de las implicaciones teórico-metodológicas en nuestros contextos, rara vez se contempla que las investigaciones no sólo son producto del manejo de conceptual y del uso adecuado de métodos y herramientas de investigación, pues también lo son de determinadas experiencias que se viven en campo, sí, pero también son modeladas en las aulas de acuerdo a las expectativas que se tienen sobre qué es un buen antropólogo o antropóloga.

En este texto, yo decidí enfocarme precisamente en esas experiencias, específicamente, sobre la religiosa, debido a que se trataba de un tema regular durante mi educación de grado. La idealización del especialista antropológico como un profesional objetivo, suele llevarse al extremo en el que parece que estudiantes, profesores e investigadores nos encontramos fuera y por encima de los procesos socioculturales. No obstante, yo sostengo lo contrario, y en lugar de preocuparme por neutralizar esos aspectos subjetivos, considero que es necesario problematizarlos y encontrar la manera adecuada de entender cómo nos afectan.

Por eso, a través de mi propia narración, quiero compartir los escollos que tuve que sortear, puesto que en el proceso formal de enseñanza nunca se mencionaba lo que sucedía con nosotros, en tanto seres insertos en la dimensión sociocultural, mientras nos adentrábamos a campo. Es por ese motivo, que considero que los errores, las dudas y otros problemas mencionados en el documento pueden ser de utilidad para que otras personas puedan reflexionar sobre la relación entre educación y subjetividad, la complementación de lo religioso con lo antropológico y la relación entre experiencia, subjetividad y religiosidad. La meta, pues, es que este ensayo etnográfico invite a la reflexión e introspección de nuestras propias trayectorias antropológicas, no como un tema superficial, sino del cuál es posible obtener nuevos aprendizajes.

Desarrollo: un católico quiere ser antropólogo.

Cuando ingresé a la licenciatura en antropología tenía 3 expectativas que alimenté desde mi infancia a partir del sinnúmero de documentales en VHS¹ que veía por las tardes, de una pequeña biblioteca particular que formó mi hermana mayor y del fuerte interés de mi mamá porque sobresaliera en el mundo de la educación escolarizada: 1) viajar a diferentes países para vivir en lugares desconocidos; 2) encontrar un espacio de aprendizaje donde se reunieran distintas formas de pensar dirigidas a construir conocimiento colectivo y 3) poder escribir libros o historias sobre todo lo que observara y viviera desde una experiencia directa.

Dichas características conformaban mi ideal de lo que esperaba de un buen científico social, y pienso en lo sumamente crudo, irónico y violento que fue el momento en que varios “compañeros” de generaciones superiores increparon con cuestionamientos despectivos a un chico de mi generación por asumirse cristiano durante la primera semana de clases: “¿Cómo crees que puedas

1. Video Home System o video casete, formato análogo de grabación y reproducción.

estudiar antropología y relacionarte con tus compañeros si los cristianos son homófobos e intolerantes?”, la pregunta no sólo me escandalizó en ese momento, si no que la recuerdo cada tanto ¿Qué hubiera podido contestar yo?, ¿cómo podría haber justificado la legitimidad de mi lugar en el estudio de la antropología? Tras esa situación pasaron dos cosas: mi compañero de generación decidió salirse de la licenciatura poco después y, por primera vez, fui consciente de que yo era católico... con una tendencia a creer en espíritus, en las limpias y el poder de las plantas que había heredado a través de las historias y prácticas de mi línea materna, pero católico a fin de cuentas; puesto que éstas no confrontaban mi marco religioso principal, por lo contrario, lo complementaban para darle sentido al mundo en el que yo estaba creciendo.

Estaba bastante conmocionado, pues, por el hecho de darme cuenta que una parte mía, tan naturalizada, era criticada con fervor y rechazada sistemáticamente por parte de la gran mayoría de alumnos y unos cuantos profesores. Para mí, supuso un gran contraste debido a que los señalamientos que hacían sobre las “creencias religiosas”, no coincidían para nada con el catolicismo de los contextos y las personas con las que yo me encontraba relacionado hasta ese momento, por ejemplo, se le asociaba con la dominación de las clases altas y yo había crecido en una localidad de la periferia. Sin embargo, comprendí que el enjuiciamiento que se hacía carecía de matices históricos y de inmediato, me di cuenta que tenía que callar cualquier atisbo que remitiera a mis prácticas y creencias, ya que la crítica lo abarcaba todo como una totalidad.

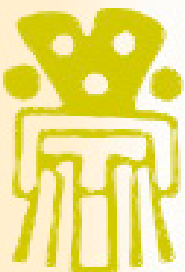
En la categoría de creencia, pude encontrar la fórmula por excelencia que utilizaban algunas(os) científicas(os) sociales para reducir las experiencias religiosas y situarlas en un mundo aparte donde pudieran ser estudiadas, explotadas para construir una carrera profesional y obtener estatus académico, al mismo tiempo que se las simplificaba como un acto simbólico y de imaginación donde el mundo contemporáneo, “objetivo” y “científico” se podía mantener a salvo.

Hablé discretamente con una profesora acerca del caso de mi excompañero para plantear en realidad mis propias dudas ¿era válido que alguien como yo quisiera estudiar antropología? Ella me escuchó y lo que me dijo, lejos de confortarme, volvió todo el asunto más complejo. Estaba de acuerdo con que la manera en que se habían dirigido a él hablaba de una práctica profesional poco ética, poco antropológica, pero también indicada que él no estaba listo para cuestionarse a sí mismo y que eso a la larga lo hubiera consumido, ya que nuestra disciplina consta precisamente de cuestionarnos la realidad y de aceptar que seremos cuestionados, pues si deseamos aproximarnos al conocimiento (aunque sea un poco) “objetivo”, la mejor manera de hacerlo era a través de una vigilancia mutua, o vigilancia epistémica, como sabría más adelante que se llama ese cuidado (Rangel Lara, 2021).

Transité a lo largo de la carrera entre diferentes clases, con diferentes compañeros, compañeras y profesores, negociando sutilmente entre mantener la comodidad del mundo que ellos percibían y defender el mío, porque yo no tenía intenciones de dejar la licenciatura, yo quería terminar mi formación como antropólogo. Mi conclusión fue dedicarme de lleno a auto-formarme en la antropología de la religión, pues de esta manera podría mediar entre dos aspectos de mi persona: mi yo antropólogo y mi yo católico, con la intención de realizar trabajos que rescataran la dimensión subjetiva de la religión y poder hablar acerca de lo que experimentamos quienes nos identificamos como practicantes/creyentes de cualquier “religión”. Fueron Brian Morris (2009) y Émile Durkheim (2007) los autores que en un inicio me dieron esperanza de que yo podría lograr mi objetivo de plantear trabajos centrados en la religión desde una perspectiva científica; posteriormente, leí la obra derivada de la tesis doctoral de René de la Torre (2006) y me alegré de saber que en uno de los pocos centros de investigación social en la ciudad, se realizaban proyectos sobre el fenómeno religioso, aunque fuera desde el enfoque de los estudios culturales.



No obstante, fue hasta más adelante, mientras me cuestionaba de nueva cuenta si lograría desarrollar los proyectos que soñaba, que me encontré con algo mucho mejor: los textos del antropólogo brasileño José Bizerril (2013), y la oportunidad de formarme con la Dra. Alejandra Aguilar Ros como becario en el CIESAS Occidente, quienes hablaban específicamente sobre la importancia de la dimensión corporal y subjetiva en los procesos de práctica y experiencia religiosa.



Ambos, Aguilar Ros y Bizerril, me mostraron un universo antropológico completamente nuevo, lleno de maneras distintas de entender las religiosidades desde las formas en que se constituyen los modos de ser y estar en el mundo; las emociones, corporalidades y, sobre todo, las experiencias se convirtieron en el andamiaje para estudiar la religión desde un nivel de reconocimiento, en el que se da atención a entender qué nos dice la experiencia de los sujetos para el conocimiento antropológico y el entendimiento de procesos más amplios.

El problema, sin embargo, fue que el enfoque desde donde soy capaz de posicionarme en este momento, me era completamente desconocido cuando realicé mi primer trabajo de campo. Sobre esa experiencia en particular, es que quiero presentar mis reflexiones más adelante.

Rumbo a mi primera experiencia en campo: errores, nervios y preocupaciones



Mientras fui aprendiendo qué era la antropología en clases, despertó mi interés por su aspecto teórico: identificar argumentos, entenderlos, problematizar su congruencia y dialogar con ellos para construir los propios. Por eso, encontré sumamente estimulante, el hecho de poder aprender hablando con otras personas, leyéndolas, escuchándolas y haciéndoles preguntas, ¿qué mejor manera de aprender a investigar que cuestionando a quienes producen la investigación? Pero como he aprendido, este punto en ocasiones puede exaltar la tensión entre nuestra subjetividad académica y religiosa, ya que contrario a lo que se podría pensar, son muchos y muchas las antropólogas que se irritan cuando se les hacen preguntas y no se acepta lo que dicen en silencio. En ese sentido, a veces, me parece que la academia tiene algo de religioso y dogmático.



Tomé en cuenta mi predilección anterior e intenté realizar una tesis de grado totalmente teórica. Desde luego, esa idea no funcionó. La principal crítica era que ese tipo de ejercicios no están diseñados para alumnos de licenciatura, sino más bien de posgrado, por lo que era recomendable hacer un ejercicio monográfico de corte etnográfico con un marco teórico bien delineado. La ausencia de "campo" en mi propuesta era otro requisito que se me pedía solucionar y, a pesar de que hoy en día concuerdo con mis profesoras y profesores, en ese momento, la idea de hacer trabajo de campo resultaba muy abstracta. Más allá de indicarnos que constaba de situarnos en un determinado lugar, prestar atención a lo que nos rodeaba, hablar con la gente e identificar un problema sociocultural, en realidad, durante el proceso formativo solía quedar implícito que si querías aprender a realizar trabajo, tenías que empezar yendo a él, sin recomendaciones previas que nos prepararan ante lo que podríamos encontrarnos. Por lo tanto, asumí que no podía ser tan complicado y busqué la manera de formar un nuevo proyecto que integrara ese elemento. Por consejo de una profesora, decidí plantear algo que me abriera las puertas hacia mi posgrado deseado, que por aquel entonces se centraba en los estudios de Asia y África, de tal modo que lo primero que se me ocurrió fue comparar las prácticas religiosas de tres grupos en Guadalajara, Jalisco: budistas, hindúes y musulmanes.



2. Siempre había contemplado el mismo posgrado, así que con regularidad leía sus áreas y buscaba información sobre ellas para decidirme por un al momento de aplicar.

3. También conocidos como salat: fajr (se ora al amanecer), dhuhr (mediodía), asr (tarde), magreb (puesta del sol) e isha (anochecer).

¿Dónde estaban? No lo sabía. Pero estaba determinado a encontrarlos y realizar mi trabajo. Miro hacia atrás y veo con claridad que en ese momento mi proyecto era una causa perdida por varias razones: en primer lugar, partía de lo poco que sabía sobre islam, budismo e hinduismo, sin considerar sus diferencias entre sí, ni haber tenido un acercamiento previo, considerando que las tres podían ser homogeneizadas en un caso en particular de estudio bajo el concepto de “religión”; en segundo, no medí la complejidad profesional y ética que exigía ese proyecto, pues no estaba pensando en términos de compromiso o exigencia, solo de satisfacer un requerimiento escolar y mi deseo de llevar a cabo una investigación “antropológica”; y, por último, carecía de una motivación más profunda para llevar a término un proyecto de tales magnitudes, después de todo, la alteridad estaba allá y yo podía acceder en cualquier momento.

No dudé en presentar mi protocolo con la confianza de un ignorante. Salvo algunas observaciones de forma y la preocupación de que abarcar tres grupos podía ser excesivo, se me concedió el permiso de llevar todo hacia adelante. Sin darme cuenta, pasaban los meses y yo no lograba encontrar algún contacto que me permitiera tener algún tipo de acercamiento, por lo que caí presa del pánico. Aunque localicé a varias comunidades, en el fondo me daba pena presentarme con ellos. En mi cabeza, llegaría al grupo, me presentaría y todos decidirían apoyarme, sin embargo, al final siempre volvía a la pregunta: ¿y si no sucede así?

En una ocasión, viajé en camión hasta las afueras de la ciudad, decidido a establecer mi primer contacto con un pequeño grupo que se reunía para realizar ciertos rituales hindúes, pero no pude. A pesar de que no soy extrovertido y estoy consciente de que el carisma no es uno de mis encantos, lo que de verdad me preocupaba era mi carencia de sentido empático: ¿Cómo podía atreverme a acercarme a otras personas con la finalidad de objetivarlas y diseccionarlas para realizar mi trabajo? Recordé cómo me sentía cada que alguien hacía comentarios negativos sobre la iglesia católica o me preguntaban de manera sarcástica si había leído la biblia, y entendí, que incluso desde otro posicionamiento, yo estaba haciendo exactamente lo mismo. Aunque no tenía instrucciones claras sobre cómo proceder frente a esas dudas, mi subjetividad como practicante de una religión fue de ayuda para dejar el tema por lo sano. Me enfoqué en leer, quería entender qué más necesitaba para poder ser un buen antropólogo, no sólo en términos de rendimiento académico, sino en términos de alguien que pudiera conjugar ética, profesionalidad y empatía para hacer algo bueno con su conocimiento.

Cómo Allah y Dios quieran

Fue en el año 2016 que la oportunidad de hacer mi primer trabajo de campo, apareció de nuevo. Tenía mi anteproyecto maltratado entre un desorden de papeles y de vez en cuando volvía a él, sobre todo cuando tenía ganas de sobreal analizar lo que había hecho hasta ese momento, mas nunca pensé retomarlo en realidad. No obstante, en el último trimestre del año me encontré con varios sitios de internet relacionados con la práctica del islam : qué era correcto hacer y qué no; cómo llevar a cabo los cinco rezos del día , entre otros temas, pero lo que llamó más mi atención fue el sitio de una comunidad de musulmanes en Guadalajara, Isa Ibn Maryam.

Esta comunidad abría sus puertas no sólo a gente interesada en el islam, también se mostraban como un grupo abierto al intercambio cultural y aceptaban que gente de otros marcos religiosos acudieran. En ese momento contaban con la enseñanza de la lengua árabe a través de clases vespertinas, y después me enteré que incluyeron el francés. Con un poco de duda, les escribí para saber si podía asistir; les expuse que era católico, pero que me interesaba aprender árabe y

4. Especialista religioso, que podría ser equivalente a la figura del sacerdote en la iglesia católica

5. Llamado a orar.

y conocer (escolarmente) más sobre el islam. Ellos me hicieron saber que sería bienvenido cuando lo quisiera, y eso me hizo dar un gran respiro. Quizá podría rehacer el proyecto de manera responsable y probarme que podía ser buen antropólogo.

A diferencia de la ocasión anterior, me dediqué a leer estudios de antropología de la religión que abordaran el islam, y de esa manera conocí la obra de Arely Medina (2014), quien desde 2014 trabaja islam. Los conceptos de organización social, transnacionalización, redes de flujo global y otros temas que se presentan en su obra, me sirvieron como una referencia importante para intentar comprender a qué me iba acercar. No obstante, acudí a la mezquita semanas después, cuando por fin me armé de valor. Al llegar, lo primero que noté fue que la fachada del sitio tenía una pequeña placa de algo semejante a la arcilla que servía para reconocer que en ese lugar se practicaba el islam. Sentía que las piernas me temblaban, no sabía qué diría y me preocupaba decir algo que pudiera ofender a los presentes o que imposibilitara que estableciera una relación formal con el grupo. .

Una hermana me vio y me dio permiso de ingresar; me adentré en un pasillo donde tuve que dejar mis pertenencias y mis botas para no ensuciar el espacio de oración, sólo me acompañé de mi celular, un cuaderno y una pluma. Conforme se acercaba el horario de la clase de árabe, vi que llegaban más personas y me relajé bastante cuando me enteré que varias y varios de los alumnos eran católicos. Al igual que yo, la mayoría se encontraban interesados en aprender sobre el idioma árabe, la cultura islámica y los musulmanes. Uno a uno se nos fue pidiendo que nos presentáramos, mencionando nuestro nombre, interés para asistir y marco religioso; al llegar mi turno, sentí la boca seca, asumí que se habían olvidado de mí, debido al tiempo que había pasado entre mi comunicación por Facebook y mi visita. Entre balbuceos les dije mi nombre, les hice saber que era estudiante de antropología, que estaba interesado en aprender el idioma y tal vez, más adelante hacer mi tesis, aunque en ese momento todavía no supiera exactamente sobre qué. El imam no pareció sorprendido y de buen grado me confesó que era estudiante de derecho en la misma universidad que yo. Yo que tenía tanta aprensión sobre cómo sería recibida mi presencia como antropólogo, y me encontré con que en realidad era poco más que irrelevante.

Como no mencioné mi adscripción religiosa, me repitieron la pregunta y les dije de manera escueta que era católico. Sin embargo, el asunto no quedó ahí; el imam quería saber por qué y, ya que nunca me lo habían preguntado antes, me solté una breve verborrea de por qué estaba seguro que Dios existía y cómo lo percibía en mi entorno y agregué que, además, la antropología me había hecho darme cuenta de que todo eso era el inevitable resultado de un proceso histórico y sociocultural muy específico que no podía ignorar. Cuando cerré mi boca, me reprimí por lo que acaba de decir, ¿estaba de más? Sin embargo, el imam me sonrió y me dijo que no creíamos en cosas tan diferentes después de todo. Tiempo más tarde comprendí que ambos habíamos interpretado de manera distinta su afirmación.

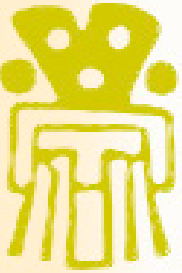
Transcurrió el tiempo y pasé a ser un estudiante asiduo. Después de magreb(9) y antes de isha se llevaban a cabo las clases, así que se volvió común para mí, al llegar y salir, ver a los hermanos y hermanas formándose para realizar el salat; ya sea que fuera el imam o algún hermano con mayor experiencia, pero de pronto una voz masculina resonaba en el espacio entonando el adhan(10). En realidad, se suponía que quienes íbamos de visita a tomar la clase no podíamos estar con ellos mientras oraban, pero en más de una ocasión alguno de los alumnos o alumnas pedía permiso para quedarse a ver, incluso, se daba el caso en que los hermanos y las hermanas abordaban a los compañeros de clase y entre pláticas, los invitaban a quedarse. En consecuencia, la siguiente clase a la que asistía, me enteraba que quien se había quedado había ratificado su conversión.

Lo anterior, me hizo comenzar a reflexionar acerca de cuál era la razón del éxito tan rotundo que parecía tener la conversión entre los y las alumnas de árabe, puesto que no había un intento de convencimiento explícito por parte de las y los integrantes de la comunidad musulmana.

8. Especialista religioso, que podría ser equivalente a la figura del sacerdote en la iglesia católica.

9. Uno de los cinco salat del día.

10.Llamado a orar.



Mi hipótesis, pues, fue que el proselitismo y las estrategias de convencimiento que manejaban el imam, los hermanos y las hermanas se fundamentaban en un nivel muy alto de comunalidad, de proximidad con las personas, comportamiento emocional e involucramiento corporal. Era una sensación que puede ser descrita como de cobijo y calidez, quienes pasaban por el proceso de conversión expresaban una enorme alegría, confianza y seguridad de saberse pertenecientes a la comunidad.

Aunque yo siempre tuve claro cuál era mi objetivo ahí y firmeza sobre mis convicciones religiosas, comprendía por qué la comunidad resultaba tan atractiva, en poco tiempo yo los consideraba a todos como un grupo de buenos amigos que había obtenido de repente, por lo que llegué a disfrutar cada una de mis visitas y de tener la certeza que, a pesar de presentarse lapsos en los que faltaba por períodos prolongados, siempre sería bien recibido.

En 2017 y 2018 decidí participar activamente en el Ramadán, el noveno mes lunar del islam, llevando a cabo ayuno todos los días desde el inicio de fajr hasta magreb y me reunía con ellos para realizar el iftar . Mi intención era experimentar con la mayor fidelidad posible estos aspectos del islam pues por fin estaba comenzando a perfilar mi pregunta de investigación y mi hipótesis prestando especial atención a dos aspectos: el cuerpo y la experiencia, pues para entonces se había vuelto evidente que si quería dar cuenta de ambas categorías, debía hacerlas mías y pasar por ellas.

Además, había podido realizar una entrevista en Ciudad Guzmán, Jalisco, con una investigadora de origen marroquí, que me dio un panorama distinto sobre lo que implica practicar islam en países como el suyo, con relación a quienes eran conversos y el peso que tenía la influencia de determinadas comunidades musulmanas extranjeras sobre las diásporas mexicanas, como la de Guadalajara, puesto que se daba pie a quiebres en la interpretación del Corán y las formas de comportarse como musulmanes, de tal manera que en ocasiones los conversos retomaban interpretaciones que daban por las correctas, pero que desde otra perspectiva eran cuestionadas. Por ejemplo, mientras que los conversos ponían a disposición el uso de hiyabs (velos) para las hermanas y era visto como una forma de reafirmar su identidad religiosa, ella consideraba que el uso del velo en México era incorrecto, debido a que suponía llamar la atención en espacios públicos y, desde su punto de vista, se incumplía con el carácter mesurado que recomendaba el Corán y la sunna , ya que en primer lugar el hiyab era empleado para proteger a las mujeres de las miradas de otros:

Por ejemplo, a mí, si me ve la gente, y sobre todo cuando vienes con estas nuevas generaciones que están muy separadas, dicen "bueno, eres musulmana, debes taparte..."; ¡No! ¡Dios me dio la opción! Antes yo me tapaba porque... Te tapas en Marruecos, te tapas en Egipto porque todos están tapados, pero si yo me tapo aquí, ¡voy a llamar la atención!... El islam vino para que no llamé yo la atención, que yo no sea a quién le están poniendo el dedo, al contrario porque... yo no voy a usar minifalda, solo voy a estar normal, pero no voy a taparme porque si me tapo en Ciudad Guzmán, todo el mundo me va a observar .

Así, emocionado por los avances logrados, para los días 18, 19 y 20 abril de 2018, me encontraba en el estado de Oaxaca presentando mi primera conferencia sobre islam y compartiendo lo que había estado observando en la comunidad. En lo personal, considero que no me fue muy bien pero recuerdo que yo estaba lleno de felicidad y plenitud, podía ver hacia delante, veía con claridad mi tesis terminada, unos años más relacionándome con los hermanos y las hermanas, quizá incluso decidiéndome a realizar un posgrado con algún proyecto sobre proyecciones de discriminación hacia esta expresión religiosa que había llegado ;por voluntad de Dios o de Allah? Como fuera, yo estaba seguro, desde mi posicionamiento como católico, que estaba donde Dios me quería y el imam de que Allah guía a quien quiere, sin imaginar todo lo que se vendría a continuación.

El desencantamiento del mundo

En mayo de 2018, me encontré en una situación inesperada: estaba conversando de pie frente a los hermanos, después de haber realizado el iftar, mientras un amigo del imam se sorprendía de que yo estuviera llevando a cabo el ayuno junto con los demás sin ser musulmán, me hizo preguntas sobre si tenía pensado recitar la shahada en algún momento, pero el imam intercedió diciendo con gracia que hasta ese día yo todavía no quería. Tenía razón, era algo que a mí también me causaba gracia. Por más que me había presentado el tema en pláticas casuales, durante las clases de idioma, tras romper ayuno en varias ocasiones y bromeando con otros de los hermanos, yo siempre encontraba una manera para recordarles que era católico y escapar del apuro entre risas nerviosas, gracias principalmente a que el imam nunca me presionaba, me escuchaba, dejaba pasar un tiempo y después volvía con un nuevo intento.

Ese día, yo no conté con que estaría frente a alguien como ese hermano, no parecía molesto conmigo, pero me veía con suma seriedad y dejaba en claro que para él no se trataba de un juego. Al día de hoy, no estoy seguro si la intervención que haría el imam fue producto de la presión que él también sintió del hermano hacia mi persona, o si se dio cuenta que habíamos llegado a un punto donde ya no había marcha atrás y lo mejor era que él se hiciera cargo. Una pregunta, dos preguntas, tres preguntas y así sucesivamente; todas esgrimidas y sesgadas para aceptar cosas, frente a todos, que yo no podía negar: claro que creía en un dios único, por supuesto que también en los profetas y los ángeles, pero desde mi propio mundo religioso. Cuando me di cuenta, me encontraba rodeado por un círculo de hermanos y hermanas que me veían conmovidos y entendí qué estaba a punto de suceder. Otro compañero católico dio un paso al frente y dijo que él también iba a querer recitar la shahada; en mi mente se desataba un caos, si salía corriendo de ahí, o protestaba, sentía que ya no podría volver a la comunidad. Mi investigación estaba en juego, mi alma estaba en juego.

Un debate había aparecido en mi interior resquebrajándome por dentro: ¿era una prueba que Dios había colocado para probar mi fe y lealtad? Si siempre había confiado en que estaba donde Dios me quería, ¿por qué esta vez era diferente?, ¿era una señal de que Dios y Allah en realidad no eran dos entidades diferentes sino la misma y no existía ningún problema, ni ningún debate sobre a quién escoger? Sin embargo, si en principio no había problema alguno, entonces, ¿por qué Dios específicamente me había protegido desde su aspecto católico? ¿lo que estaba sucediendo, ¿era acaso que Allah había decidido guiarme? Si le añadía el lado académico: ¿acaso no me habían enseñado etnografías de antropólogos y antropólogas que experimentaban en carne propia los rituales? Nunca me había enterado que alguna o alguno hubiera tenido consecuencias personales, así que habían regresado a su “vida normal” sin problemas, ¿verdad? ¿No perdería la oportunidad única de profundizar mi investigación y demostrar que podía ser un excelente antropólogo? Pero seguro debían existir límites, ¿por qué nadie me enseñó nunca cuáles eran los límites? Finalmente, ¿era un mal investigador que se restringía por ser católico? o, ¿era un mal católico por siquiera estar racionalizando todo eso, pensando en mi proyecto, cuando alguien de religión firme desde el inicio se hubiera negado?.

Con una incertidumbre enorme, me disculpé con Dios, oré mentalmente un padre nuestro con rapidez y, después del otro chico, pronuncié la shahada. Horas más tarde, salimos los dos juntos hacia nuestras casas. Él me preguntó directamente si yo había “sentido algo” (¿Si supiera!) al pronunciar la shahada o si “notaba algún cambio en mí”, siendo consciente que al responder aquello desviaría la atención hacia mí, opté por responderle con sus propias preguntas, tras lo que expresó su perplejidad y confusión pues él se sentía igual que antes, tampoco estaba seguro de si realmente “ya era musulmán” solo por pronunciar unas palabras, después de pensarlo unos minutos, me miró y en señal de complicidad me dijo que de todos modos si después de un tiempo no se sentía convencido, podría intentar con alguna otra religión. Para mis adentros, esperaba que todo fuera tan sencillo como ese chico había asegurado. Recuerdo que esa noche sólo pude llorar.

Seguí asistiendo a la mezquita de Isa Ibn Maryam hasta julio de 2018. Debido a mi nuevo estatus como musulmán, se me fue incorporando a los ritos, a las prácticas, a la reflexión alrededor del Corán, comprobé que en efecto tenía razón y las categorías de experiencia y corporalidad eran pertinentes tanto para el islam como para el estudio de otras religiosidades, pero ya no podía más. Colapsé al igual que lo había hecho mi forma de ser y estar en el mundo, logré comprender y visualizar diferentes elementos que se conjugaban para articular mi posicionamiento en el mundo como católico que, hasta entonces, me habían pasado inadvertidas o que utilizaba todos los días de manera tan familiar que para poder objetivarla tuve que perderlas.

Cuando salía, veía y sentía el mundo de manera distinta, en lugar de sentirme con la certeza de ser protegido por Dios como todo el tiempo, era consciente de que se había abierto un vacío, ya no había calidez, color, ni el brillo que solía hacer resplandecer las cosas más comunes. El viento que me tocaba se sentía como un roce sobre mi piel sin rastro de frescura o serenidad, mis propios pasos se sentían distintos, pesados, anclados al suelo, en muchos sentidos, jamás había sentido el cielo tan lejos. Mis emociones eran dos: pena e indiferencia, no importa cuanto lo intentara, si me reía, por ejemplo, me daba cuenta que solo se trataba de un revestimiento, detrás solo existía la pena de sentirme aislado, solo y alejado del mundo que me daba sentido. A la vez, sentía indiferencia por todo, el mundo en el que ahora estaba era una jaula gigantesca, y los lazos que siempre me habían unido a la gente se encontraban erosionados.

Al dormir, ya no soñaba y al despertar lo único que deseaba era volver a dormir. Rezaba en mi casa, pero la sensación que me acompañaba había desaparecido: sabía que estaba recitando palabras sin contenido al aire. Acudí a la iglesia en varias ocasiones, pero el resultado siempre era el mismo, las iglesias que suelen sentirse más frescas en relación a la temperatura exterior, las sentía templadas sin calor, sin frío, sin luz. Oraba con ojos cerrados, de pie, sentado, arrodillado, frente a la Virgen de Guadalupe, Cristo, invocando a todos los coros celestiales, hasta que me sorprendí implorando perdón, sería un mejor antropólogo, fue lo que se me ocurrió en ese instante, sin si quiera entender porque había traído el mundo académico para reconciliarme con Dios.

Conclusión: Subjetivación religiosa de la ausencia de Dios

Nunca sentí con mayor fuerza el poder del mundo católico hasta que me vi confrontado con su ausencia. Para finales de octubre mi relación con Dios se había reestablecido, había implorado perdón, de cierta manera, había llegado a la conclusión, que lo que sucedió no se trataba de Dios ofendido y expulsándome de su mundo, sino de algo más, de orden individual: un traslape violento entre mi subjetividad como antropólogo y como actor católico, que siempre había estado ahí en tensión sin resolverse y que en el momento de la shahada me obligó a mirarme a mí mismo y resolverlo. La serie de preguntas que me atormentaron en su momento, las puedo resumir en una sola: ¿puedo ser católico y antropólogo al mismo tiempo?

Durante mi proceso formativo ese aspecto de mi persona, ese desdoblamiento (Gil Veloz, en este número), había sido sistemáticamente criticado y rechazado, a través de burlas, comentarios irónicos o muestras despectivas hacia “los creyentes” y “sus creencias”, que en ocasiones se dirigían a mi persona y, en otras, hacía otras personas o grupos, aunque de manera implícita se realizaba como provocación para ver mi reacción. Por lo tanto, me había esforzado por querer mantener ambos mundos separados, sin entender que era su imbricación lo que daba mayor fuerza a mi práctica, el mundo académico me había enseñado a realizar análisis y manejo de argumentos; el religioso, me recordaba mi lugar frente algo más “grande” y proveía mi práctica en campo de empatía.

De esta manera, opté por posicionarme desde la ambigüedad (Aguilar Silva, en este número), teniendo como resultado una grave crisis que trastocó todos mis esquemas y se había somatizado en mi corporeidad religiosa (Aguilar Ros, 2020), a través del cambio en mi sensorialidad, como lo describí anteriormente. Temperatura, percepción y movimiento, se sumaban a una carencia de emocionalidad que me permitió comprender que Dios, en mi mundo sociocultural de sentidos, sí existía; lamentablemente, para llegar a esa comprensión tuve que pasar por todo un proceso de pérdida y desarraigo. ¿No había comprobado la existencia sociocultural de Dios en mi mundo mediante su ausencia? Sin haberlo planeado, mi acercamiento con Allah me llevó a

Con eso, se concatenó finalmente mi subjetividad dual (religiosa y académica) y logré entender a qué se refería Bizerril cuando decía que: La atención a la experiencia permite formular el problema en otros términos. [...] Creo que en este punto las religiones podrían pensarse como tecnologías de subjetivación, es decir, como saberes prácticos sobre el mundo de la vida, cuyas técnicas constituyen y consolidan ciertas subjetividades. [...] [P]ues las religiones ofrecerían sistemas específicos de técnicas para organizar la relación consigo mismo y con los demás (2013 pag,185).

Es decir, la religión católica siempre me proporcionó un punto de apoyo y una perspectiva para entender mi lugar (ser/ estar) en el mundo y, cómo me dijo esa sabia profesora en su momento, la antropología social había llegado para cuestionarme, para realizar procesos de reflexión y reconfiguración de mi persona, que no se habían agotado en lo mental ni cognitivo, sino que había tenido su punto central en mi corporeidad, en lo que implicaba devenir antropólogo y católico al mismo tiempo. Debido a esa experiencia es que las categorías de corporeidad, embodiment y subjetivación religiosa, me hicieron sentido y debido a ello, es que las recuperé más adelante para reevaluar todo mi proceso en Isa Ibn Maryam, a donde regresé de manera esporádica, para realizar mi propio cierre. Los vi y posicionado desde mi yo antropólogo, con mis categorías del cuerpo, la religión y la experiencia, comprendí que la noción de alteridad ya no tenía más fuerza. Cada uno con su propio esquema de situarse en el mismo mundo.

Bibliografía

Aguilar Ros, A. (2020). Teología de la inocencia: corporeidad, trance e indeterminación en el Fidencismo. *Alteridades*, 30 (60), 91-103.

Bizerril, J. (2013). Religión y modos de subjetivación en el mundo globalizado. *Nómadas*, 39, 181-195.

Csordas, T. J. (1990). Embodiment as a paradigm for anthropology. *Ethos*, 18 (1), 5-47.

De la Torre, R. (2006). *La Ecclesia Nostra. El catolicismo desde la perspectiva de los laicos: el caso de Guadalajara*. Guadalajara: FCE.

Durkheim, E. (2007). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal.

Medina, A. (2014). *Islam en Guadalajara: identidad y relocalización*. Zapopan: El Colegio de Jalisco.

Morris, B. (2009). *Religión y antropología: una introducción crítica*. Madrid: Akal.

Rangel Lara, T. (2021). CIESAS Occidente, Conferencia: Encarnar el Objeto de Estudio: Aproximaciones a la Autoetnografía. Video de Youtube: https://www.facebook.com/watch/live/?v=177983957460441&ref=watch_permalink

Daniel Fernando Vázquez Sosa

Egresado de la Licenciatura en Antropología por parte del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Desarrolla la tesis: *Uso y alcance de la experiencia religiosa en peritajes antropológicos: identidad, memoria y territorialidad en tres localidades de Jalisco y Nayarit*. Cuenta con 5 años de experiencia como asistente de investigación en la unidad Occidente del CIESAS, 3 años como auxiliar en peritajes antropológicos y desde 2019 como participante y auxiliar del Seminario Permanente de Corporalidades. Sus intereses son: Categorías de experiencia, subjetividad y corporalidad ancladas a los estudios antropológicos de la religión. Prevención, Sanción y Erradicación de la violencia contra las mujeres en el sureste mexicano.